

CHARLES CREEL, MERCEDES y GUILLERMO OROZCO GOMEZ. *Educación para los medios, una propuesta integral para maestros, padres y niños*, ILCE-UNESCO, México, 1992.

Doy la bienvenida a este libro, primero como un viejo fraguador de la Educación para los Medios, pero no sólo como eso, sino como un ciudadano, como un integrante de la sociedad civil, porque pienso que este libro importa a toda la sociedad.

En su presentación se anuncia como destinado a maestros, padres y niños. En la categoría de niños, obviamente no me voy a ubicar; en la de padres también tendría un poco de dificultad, porque mis hijos ya son hombres. Pero sí me voy a ubicar y voy a agradecer este libro como abuelo de nietos que compruebo diariamente fascinados por la televisión, imantados ante su programación.

Todo lo que hemos investigado y especulado como investigadores me sirve de muy poco para entender y para ayudar de alguna manera a combatir esa adicción. Por eso creo que uno de los muchos aciertos del método propuesto por Mercedes Charles y Guillermo Orozco es justamente un ejercicio que se llama “un día sin televisión”. Uno de los aportes más importantes que puede hacer una Educación para los Medios es precisamente formar a los usuarios para administrar su consumo televisivo, para racionalizarlo, para saber apagar a tiempo el televisor.

Este libro aparece muy oportunamente, en un momento en que la Educación para los Medios se ha manifestado ya de un modo indiscutible como una necesidad educativa impostergable de la sociedad contemporánea. Un momento en que los sistemas e instrumentos de la comunicación —o tal vez de la incomunicación— como el video doméstico y las computadoras, están arraigándose con fuerza y rapidez en nuestra sociedad sin que les hayamos otorgado la debida importancia. No obstante, nuevos instrumentos como el *walkman* y los videojuegos están determinando un tipo de personalidades y un tipo de cultura.

Aunque se les incluya, no se les puede llamar propiamente “medios de comunicación”, sino lo contrario porque compiten con ellos, los sustituyen en su función y determinan el ámbito cultural de los usuarios. La misma

denominación “medios de comunicación” ya de por sí discutible en cualquier otro momento, nos está quedando obsoleta y es insuficiente para abarcar las nuevas tecnologías de consumo. Entonces, las encrucijadas actuales van más lejos de aquella disyuntiva entre “apocalípticos e integrados” que proponía Umberto Eco hace casi dos décadas, y que separaba aguas en aquel momento.

La disyuntiva actual es entre formar para la comunicación, siempre social, o formar para la soledad: individuos que sólo ejercitarían —en el mejor de los casos— la comunicación consigo mismos y con las máquinas. Formar, “EMI-RÉS” (emisores-receptores), personas capaces de recibir y emitir mensajes, o formar individuos de alguna manera autistas, porque el *walk-man*, los videojuegos solitarios y aun ciertos desarrollos de la informática, e incluso gran parte de la misma televisión, responden a matrices autistas de vida, matrices no necesariamente antisociales, pero sí asociales, lo cual quizá sería aún más grave. Por eso, uno de los más grandes aciertos que encuentro en el método que proponen los autores de este libro, es que más que una Educación para los Medios o para la Recepción, plantean una Educación para la Comunicación.

En el libro, se potencia al niño no sólo como receptor crítico, sino como emisor activo de sus propios mensajes; se le estimula a expresarse, a crear, a generar mensajes. Y es aquí donde está una de las claves para la futura Educación para los Medios: las personas se hacen autónomas en cuanto receptores de los medios en la misma medida en que ejercen ellas mismas el acto emisor, el acto comunicador; en la medida en que son “EMI-RÉS”, y desarrollan su “competencia comunicativa”, para utilizar las palabras de Habermas.

En casi todo libro hay frases eje, frases clave de lectura. Yo encuentro especialmente dos frases que operan como eje maestro de toda su construcción. Dicen los autores: “los aspectos que cada niño asimila, reproduce, rechaza o reelabora, dependen en buena medida tanto de su posición cultural y social, como de su capacidad de tener un pensamiento autónomo. De ahí la importancia de impulsar en el niño su ser creativo, imaginativo y selectivo, y de brindarle las herramientas necesarias para que realice un análisis crítico de su realidad circundante en la cual los medios masivos de comunicación están presentes. De esta manera la capacidad de discernimiento de los niños actuará como filtro de selección y de análisis de las propuestas de vida que les llegan a través de los medios”.

Me parece que con este marco teórico en el libro se definen con gran precisión los objetivos de una Educación para los Medios. El para qué es el estímulo para el pensamiento autónomo, la creatividad, la imaginación, la capacidad selectiva, el análisis crítico, la capacidad de discernimiento, y no sólo para los medios, sino para todo su entorno de vida.

Ahora bien, ¿cómo se forma un ser crítico? Fue la gran pregunta que se nos planteó a muchos de nosotros cuando empezamos a ensayar y a buscar métodos de Educación para los Medios. A veces se solían hacer charlas, conferencias, en las que el profesor o el disertante daba su propia interpretación “crítica” y “liberadora”. O sea, que decía lo que había que descubrir, interpretar y aceptar o rechazar en cada mensaje.

No es difícil percibir lo estéril de este procedimiento expositivo y vertical, e incluso lo contraproducente que resultaba.

Yo he partido de un precepto diferente que me ha ido guiando en toda mi búsqueda y que se fue afianzando en mí, y mis prácticas lo fueron confirmando. Leyendo este libro compruebo que sus autores lo comparten plenamente, lo cual, por supuesto, no es garantía de infalibilidad, pues podríamos estar acertando juntos o también equivocándonos juntos, pero el precepto para mí sería éste: la criticidad no se forma enseñándola, se adquiere ejercitándola. No se transfiere como un conocimiento. Para defender esta idea, que claramente proponen los autores en el libro, yo he dicho más de una vez, para marcar el contraste, que formar criticidad no es como enseñar fórmulas de química o teoremas de matemáticas. Pero en una ocasión tuve la suerte de que estuviera entre la audiencia un profesor de matemáticas. Se levantó y me dijo: “Usted está completamente equivocado. Para aprender matemáticas de verdad, para comprender las matemáticas, hay que desarrollar profundamente un espíritu crítico”. Y yo le agradecí mucho la corrección.

En realidad, después comprendí que nada, absolutamente nada se enseña por mera transmisión, por mera transferencia. Menos aún se enseña a otro a ser crítico. El educando por sí mismo tiene que ir descubriendo lo que hay en el mensaje, descubriéndolo libremente. Si él no lo descubre por sí mismo, el esfuerzo será estéril. Lo más que puede hacer el educador es acompañar, guiar, propiciar ese descubrimiento personal, dando al educando elementos para que avance por su propio camino, y esto supone un método. Éste es otro de los valores del libro: proponer un método concreto. Un método completo, gradual, estructurado, coherente. Esto es algo de lo que más se está necesitando en la Educación para los Medios.

Recuerdo que mi colega chilena Ma. Elena Hermosilla, en un seminario reciente donde se buscó reunir todas las propuestas latinoamericanas de Educación para los Medios, me decía: “¡Muchas experiencias, pero qué poca cantidad de métodos dignos de este nombre!” No basta con formular acusaciones y hasta objetivos, por más certeros que éstos sean, sino proponemos cómo alcanzarlos.

El objetivo que nos proponen los autores en este libro tiene otra virtud: la de ser integral, involucrar a los niños, a los padres y a los maestros. Pienso que, con razón, los autores cuando se plantean una estrategia para

introducir este método en la escuela, optan por una introducción muy paulatina, muy gradual; se muestran sabiamente cautelosos. El que la Educación para los Medios deba llegar a la escuela, al sistema formal, es ya un hecho incuestionable; no puede quedarse como hasta ahora sólo en experiencias aisladas, informales, marginales, con pequeños grupos. Sólo abarcando todo el sistema de enseñanza, se alcanzará la proyección masiva, generalizada, que es urgente y prioritario conferir a este tipo de pedagogía. Sin embargo, es preciso ir despacio para no precipitarse en el vacío.

La introducción masiva de la EPM en el espacio curricular de la enseñanza formal, sin duda es la meta a la que hay que llegar; pero realizarla en forma inmediata, universal, masiva, de un día para otro, sería un error estratégico y hasta, como insinúan los autores, una catástrofe. Ojalá que no haya ningún ministro entusiasmado, que con la mejor buena voluntad y queriendo pasar a la historia cometa esa temeridad. Porque la rigidez de los sistemas educativos en América Latina haría que el sistema rechazara a la Educación para los Medios con todo su mensaje de libertad, de creatividad, de espontaneidad, como a un cuerpo extraño. Y el resultado contraproducente sería dejar invalidada y desacreditada la propuesta y dejarla sepultada por muchos años.

En esa introducción gradual, acaso se vaya descubriendo que este tipo de educación no es una materia más, no es una asignatura sino que, si se le entiende como una Educación para la Comunicación, debería permear toda la enseñanza, todo el modelo educativo.

Mi última reflexión acaso suene un poco melancólica. Muchas veces en los últimos años, comprobando el tremendo poder de convocatoria de los medios, la fascinación que ejercen, viendo a ese nieto mío de 8 años literalmente prendido del televisor, comprobando la existencia de toda una sociedad de mercado que afianza el poder de los medios, la fuerza de la tecnología cada vez más eficaz que los sustenta, no he podido menos que preguntarme ¿qué posibilidad tenemos los educadores?, ¿qué posibilidad tiene la Educación para los Medios de revertir, de transformar esta situación? (aún en el supuesto de que se implantara en todo el sistema escolar), ¿no seremos un poco ilusos o quijotezcós, cuando la corriente es tan fuerte y cuenta con apoyos tecnológicos, industriales, políticos, económicos tan poderosos?, ¿hasta dónde es posible llegar, hasta dónde es posible nadar luchando contra la corriente?

Yo no sé si también los autores —no se los he preguntado— piensan que tenemos que asumir con realismo que la lucha es y va a ser siempre desigual; pero no obstante, hay que seguir dándola y vale la pena darla, pero darla con la mayor eficacia posible. Eso supone conocer mucho más a ese niño a quien le queremos asegurar una mejor comunicación. Porque sólo conociéndolo y comprendiéndolo tendremos mayores posibilidades

de favorecer un cambio en su modo de recepción. También por esto encuentro que hay que recibir con regocijo y esperanza este libro, porque detrás de su propuesta cimentada, hay el ejemplo de una larga, paciente y rigurosa labor de investigación de Mercedes Charles y Guillermo Orozco, que seguramente van a seguir desarrollando y sobre la cual van a dar nuevas luces y nuevos frutos.

Mario Kaplún

Consultor de UNESCO para América Latina